

Homilía de XXXII Domingo del tiempo ordinario

Año litúrgico 2019 - 2020 - (Ciclo A)

“Velad, porque no sabéis el día ni la hora”

Introducción

Las lecturas de hoy nos invitan a estar vigilantes (Evangelio), con las lámparas encendidas ante la inminente llegada del Señor. Él-está-con-nosotros, pero la hora de su llegada definitiva para cada uno en particular, no la sabemos. Pedagógicamente se nos invita a no bajar la vigilancia, pues podemos perder de vista a este Dios que se manifiesta en los distintos acontecimientos de nuestra vida, y del cual gozaremos definitivamente en el Reino eterno.

Esa *búsqueda* la debemos llevar a cabo en la Palabra, pues ella es la fuente de la Sabiduría, y en las distintas experiencias de la vida, y ha de ser *intensa, pero serena*; no nos debe agobiar, pues *la búsqueda de la Sabiduría ya es poseerla*.

D. Juan Manuel López Montero, OP
Fraternidad Sacerdotal de Santo Domingo de España

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro de la Sabiduría 6, 12-16

Radiante e inmarcesible es la sabiduría, la ven con facilidad los que la aman y quienes la buscan la encuentran. Se adelanta en manifestarse a los que la desean. Quien madruga por ella no se cansa, pues la encuentra sentada a su puerta. Meditar sobre ella es prudencia consumada y el que vela por ella pronto se ve libre de preocupaciones. Pues ella misma va de un lado a otro buscando a los que son dignos de ella; los aborda benigna por los caminos y les sale al encuentro en cada pensamiento.

Salmo

Salmo 62, 2abc. 2d-4. 5-6. 7-8 R/. Mi alma está sedienta de ti, Señor, Dios mío.

Oh, Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo, mi alma está sedienta de ti; mi carne tiene ansia de ti, como tierra reseca, agostada, sin agua. R/. ¡Cómo te contemplaba en el santuario viendo tu fuerza y tu gloria! Tu gracia vale más que la vida, te alabarán mis labios. R/. Toda mi vida te bendeciré y alzaré las manos invocándote. Me saciaré como de enjundia y de manteca, y mis labios te alabarán jubilosos. R/. En el lecho me acuerdo de ti y velando medito en ti, porque fuiste mi auxilio, y a la sombra de tus alas canto con júbilo. R/.

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Tesalonicenses 4, 13-18

No queremos que ignoréis, hermanos, la suerte de los difuntos para que no os aflijáis como los que no tienen esperanza. Pues si creemos que Jesús murió y resucitó, de igual modo Dios llevará con él, por medio de Jesús, a los que han muerto. Esto es lo que os decimos apoyados en la palabra del Señor: nosotros, los que quedemos hasta la venida del Señor, no precederemos a los que hayan muerto; pues el mismo Señor, a la voz del arcángel y al son de la trompeta divina, descenderá del cielo, y los muertos en Cristo resucitarán en primer lugar; después nosotros, los que vivamos, los que quedemos, seremos llevados con ellos entre nubes al encuentro del Señor, por los aires. Y así estaremos siempre con el Señor. Consolaos, pues, mutuamente con estas palabras.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 25, 1-13

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos esta parábola: «Se parecerá el reino de los cielos a diez vírgenes que tomaron sus lámparas y salieron al encuentro del esposo. Cinco de ellas eran necias y cinco eran prudentes. Las necias, al tomar las lámparas, no se provieron de aceite; en cambio, las prudentes se llevaron alcuas de aceite con las lámparas. El esposo tardaba, les entró sueño a todas y se durmieron. A medianoche se oyó una voz: “¡Qué llega el esposo, salid a su encuentro!”. Entonces se despertaron todas aquellas vírgenes y se pusieron a preparar sus lámparas. Y las necias dijeron a las prudentes: “Dadnos de vuestro aceite, que se nos apagan las lámparas”. Pero las prudentes contestaron: “Por si acaso no hay bastante para vosotras y nosotras, mejor es que vayáis a la tienda y os lo compréis”. Mientras iban a comprarlo, llegó el esposo, y las que estaban preparadas entraron con él al banquete de bodas, y se cerró la puerta. Más tarde llegaron también las otras vírgenes, diciendo: “Señor, señor, ábrenos”. Pero él respondió: “En verdad os digo que no os conozco”. Por tanto, velad, porque no sabéis el día ni la hora».

Pautas para la homilía

La vigilancia, una responsabilidad personal e intransferible

Hay muchas personas que vigilan por la salud de los demás en este momento de pandemia (políticos, personal sanitario, epidemiólogos, biólogos, químicos, fuerzas de seguridad, rastreadores...) dado que puede tener un impacto significativo en la salud pública. Todos ellos informan para que se tracen estrategias políticas de actuación clínica para el control de la pandemia, asignando recursos que mitiguen las necesidades de las personas contagiadas.

La vigilancia es vital y depende de la responsabilidad y la veracidad de todos y de cada uno en particular.

Nosotros, los bautizados, estamos comprometidos en el trabajo por el Reino de Dios, para hacer de este mundo, “*un mundo de libertad, de justicia, de amor y de paz, que mantener así la esperanza de todos*”. Se espera de nosotros una actitud comprometida, una respuesta digna de un seguidor de Jesús ante las distintas experiencias de la vida. Estamos ungidos por el bautismo “*sine die*”, o sea, “*sin plazo*”, “*sin fecha*”, y tiene un cometido, que ese Reino que es, sea también aquí. Por eso la invitación constante de Jesús: «... *velad, porque nos sabéis ni el día ni la hora*».

Podemos pasar la vida distraídos, en un *carpe diem sin Dios*; viviendo nuestro día a día en la búsqueda constante de un disfrute que roza tendencias hedonistas: ejercitando el cuerpo sólo con actividades que produzcan placer y con el objetivo de evitar malestares posteriores; invirtiendo en viajes por puro placer sin importar su costo económico; reuniéndonos y conversando sólo con personas cuya presencia y conversación nos resultan placenteras; evitando libros, películas o noticias que nos produzcan sufrimiento; acumulando conocimiento sin que éste revierta en los demás; evitando cualquier actividad que no nos sea placentera...

Tener la lámpara encendida es sinónimo de estar vigilante ante la llegada inminente del Reino, del cual estamos llamados a participar aquí y en la eternidad. Es una cualidad interior (personal) que no puede ser compartida, ni prestada ni vendida. Un ejercicio continuo (*la vigilancia*), que nos hace permanecer fieles a la llamada, a la experiencia de que ese Reino es y será.

El Reino definitivo tarda, y para unos llegará antes, para otros después. No está sujeta la venida definitiva del Señor a los cálculos humanos, para cuando estemos preparados. Esta vigilancia exige de nosotros mantenernos en tensión, para que no caigamos en ese *carpe diem insensato*, sino *carpe diem vigilante, esperanzado*, porque el Señor de la historia vendrá definitivamente. El encuentro del Señor con el hombre está fuera de nuestros cálculos. Con esta parábola se nos está invitando a *ser constantes*, pues en cualquier momento se puede producir su llamada.

El tiempo de la fe es algo permanente en las personas, no es algo para dos días sí, y dos no; no es intermitente. Cuando hemos tenido *experiencia* del Dios que ha venido a compartir nuestras vidas, el *Dios-con-nosotros*, se traduce en algo definitivo. Esa *experiencia de gracia* es percibida en el tiempo, nuestro tiempo, en nuestro cuerpo. Y es cierto que *podemos compartir la experiencia de fe* con otras personas, *pero no mi responsabilidad ni mi respuesta ante ella*.

Una búsqueda intensa pero serena

La primera lectura nos hace una invitación: *a desear la Sabiduría*. Y para acceder a ella, necesitamos una actitud constante de *búsqueda* y de *apertura*. Así dice el texto: «*Fácilmente la ven los que la aman –y la encuentran los que la buscan-. Se anticipa a darse a conocer a los que la desean. Quien temprano la busca no se fatigará, pues a su puerta la hallará sentada... Ella misma busca por todas partes a los que son dignos de ella...*»

La Sabiduría se nos da en plenitud en la Palabra hecha carne, en Jesucristo; Él da sentido a nuestra vida y satisface nuestras aspiraciones. Pero como leemos en el evangelio de san Juan: «*la (Sabiduría) Palabra (Jesús), vino a los suyos y no la recibieron*».

Nuestra experiencia del *Dios-con-nosotros*, del Reino anunciado y traído por Jesús, nos ayuda a conseguir *que nuestra vida tenga un porqué y un para qué*. Es una experiencia fundante que nos convierte en *sal de la tierra, en luz del mundo, en levadura*. Que las distracciones de nuestra vida no nos hagan perder de vista la llamada que se nos ha hecho. Este proyecto necesita de todo nuestro tiempo, atención, cariño y entrega.

Esta *responsabilidad personal* y llamada a la vigilancia, no se debe convertir en un pensamiento obsesivo ni agobiante. La búsqueda del Reino de Dios no es nada traumático, ni algo ajeno a nosotros, que esté fuera o lejos. En realidad, se trata de buscarnos a nosotros mismos, de penetrar en nuestra interioridad, de vernos tal cual somos, de sentirnos un “yo” en lo que sentimos y hacemos. En la primera lectura se nos invita a esa *búsqueda serena y gozosa* de algo que se nos cruza diariamente en el camino, que nos espera sentado en la puerta de nuestra casa (la Sabiduría).

En el día de hoy, se nos invita a abrir los ojos y reconocer a Dios en los acontecimientos vividos. Esto requiere el *estar vigilantes*, tener encendida nuestra lámpara, *en el aquí y ahora*, en nuestra familia, en la comunidad, en nuestro pueblo o ciudad, en nuestro país, *a través de los distintos hechos vividos, sean dolorosos o felices...*, a través de esto que llamamos vida. En ella se manifiesta Dios, y nos pide una respuesta evangélica.

El Reino de Dios “*está dentro de nosotros*”, no tenemos que buscarlo fuera. No es algo material, es una forma de existencia, una manera de responder ante las distintas circunstancias de la vida.

Estemos vigilantes, pues el Señor está presente de una u otra manera en los distintos acontecimientos de nuestra vida. Y esa *vigilancia* ha de ser *serena y confiada en la búsqueda: el Reino está más cerca* de lo que pensamos. El *buscarlo ya es poseerlo...*

D. Juan Manuel López Montero, OP
Fraternidad Sacerdotal de Santo Domingo de España

Evangelio para niños

XXXII Domingo del tiempo ordinario - 8 de noviembre de 2020

Parábola de las diez vírgenes

Mateo 25, 1-13

Evangelio

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos esta parábola: - el Reino de los cielos se parece a diez doncellas que tomaron sus lámparas y salieron a esperar al esposo. Cinco de ellas eran necias y cinco eran sensatas. Las necias, al tomar las lámparas se dejaron el aceite; en cambio, las sensatas se llevaron alcuza de aceite con las lámparas. El esposo tardaba, les entró sueño a todas y se durmieron. A medianoche se oyó una voz: "¡Que llega el esposo, salid a recibirlo!" Entonces se despertaron todas aquellas doncellas y se pusieron a preparar sus lámparas. Y las necias dijeron a las sensatas: "Dadnos un poco de vuestro aceite, que se nos apagan las lámparas". Pero las sensatas contestaron: "Por si no acaso no hay bastante para vosotras y nosotras, mejor es que vayáis a la tienda y os lo compréis". Mientras iban a comprarlo llegó el esposo, y las que estaban preparadas entraron con él al banquete de bodas y se cerró la puerta. Más tarde llegaron también las otras doncellas diciendo: "Señor, señor, ábrenos". Pero él respondió: "Os lo aseguro: no os conozco". Por tanto velad, porque no sabéis el día ni la hora.

Explicación

Jesús un día nos recomendaba: Tenéis que estar siempre preparados, porque yo puedo venir en cualquier momento. No os vaya a pasar como a esas vírgenes que esperaban a que llegara el novio para entrar en la boda: Unas eran prudentes y llevaban aceite para sus lámparas. Otras eran necias y no lo llevaron. ¿Qué pasó? pues que a las necias se les apagaron sus lámparas y no pudieron entrar con el novio. Así, pues, estad siempre preparados para cuando yo llegue.